

La violencia en algún tramo lacaniano

“La verdad no se ha perdido, tiene otro sonido, porque utiliza otro lenguaje; un discurso que requiere interpretación, lisa y llanamente la interpretación de ese lenguaje enviado a la clandestinidad por la “tiranía” que viene a reprimir la verdad directa.

La salud aparecía y sigue apareciendo como una realidad obtenible en un campo de batalla social que los sujetos libran para vencer los conflictos que la existencia desarrolla y enfrenta a cada instante.

Por el contrario entonces, la adaptación, habrá de convertirse en un signo inequívoco de pérdida de la salud, de “no discutir más nada”, como expresaba Lacan.”

La violencia copernicana es la que descubrió que la tierra, lugar intranferible de la habitación del mundo, debió ceder infalibilidad y aceptar que no es más el centro del mundo.

Y Lacan, necesita también avisar que hay otra violencia existencial irreparable, diciéndonos que el psicoanálisis nos anuncia que nosotros no somos más el centro de nosotros mismos, ya que “había otro sujeto, el inconsciente...” (Entrevista a Jacques Lacan. Madelaine Chapsal. L'Express. 31.05.1957. Paris).

En el psicoanálisis, cada discurso del analizado aparece como un síntoma y cuando quien los expresa los percibe, aparece no como hechos irracionales, pero son advertibles como datos aislados y que cada paciente quiere interpretarlos aisladamente, directamente como suceden y se enuncian.

Pero así, quieren decir poco, él no “encuentra su valor significativo, más que tomado en el conjunto del sistema al cual pertenece...”. Para entender el síntoma, no hay otro trayecto que incluir la totalidad del campo de pertenencia del detalle.

Tal síntoma, se ubique como se ubique, está siempre allí, presente sin desaparecer, aún reprimido, esa represión, como lo formuló Freud, es inseparable, del retorno de lo reprimido.

Algo así como la fórmula nietzscheana, del eterno retorno de cualquier forma, para señalar que síntoma-enfermedad está sin dudas ahí.

Y aquí, hay un concepto lacaniano digno de certificación y certeza, para no omitir, en el sentido que en el psicoanálisis la represión, lo reprimido, no es la represión de una cosa liviana, de una certeza floja, sino, se trata de la represión de una verdad.

En este paso, en este nivel de transcurso, de proceso obligado hacia alguna advertencia eficaz, se ha de verificar, siguiendo el razonamiento lacaniano, sin desvirtuamiento alguno freudiano, la violencia tiránica de un desplazamiento del sentido originario del poder del síntoma-enfermedad, que como dice Lacan, “...para darnos la respuesta: ella se expresa en otra parte, en otro registro, en lenguaje cifrado, clandestino...”. Lacan coloca un término exigente, hasta conspirativo, en cuando señala la presencia de un lenguaje clandestino; también lo llama con alguna condescendencia “lenguaje cifrado”. Es el deslizamiento necesario, en cuanto no intervendrá la conciencia y la verdad, que en algún lugar estará residiendo, no ha desaparecido, ha debido sufrir la violencia de una transpersistencia obligada a otro discurso. En ese discurso los términos son otros, algo así, como componentes de un lenguaje a descifrar, en la bruma metonímica de la expresión neurótica.

En términos de esta otra localización, la verdad no ha sido destrozada, ni siquiera tenida como trozos irre recuperables para el todo que debe ofrecer: no está indecifrabable “en un abismo”, señalaba Lacan. Ha sufrido y sufre la violencia primaria de otro lenguaje que le es impuesto. Esa violencia la recluye, como presencia existente, pero en otra dimensión existencial, en una geografía humana e individual, en un trazado cartográfico, como podría decir F. Guattari, presente, vivo, pero en espacio “inconsciente”.

Aquí se expresa la formidable violencia de una localización impuesta. Ella es la consecuencia de una potencia, la represión, por la cual, la verdad real, la originaria del sujeto observado, ya no ejerce su derecho existencial, en la esencia de su poder individual y propio. La violencia la pondera Lacan, diciendo que el sujeto que ha reprimido la verdad, “no gobierna más, él no está más en el centro de su discurso: las cosas continúan funcionando solas y el discurso continúa articulándose, pero más allá del sujeto...” (Jacques Lacan. Idem).

Estamos así, entrando decididamente, en una región más allá del sujeto como existencia consciente, en plena región descentralizada, freudianamente llamada y caracterizada como el inconsciente. Así el más allá del sujeto, en visión de Lacan, será en realidad, algo así, como más adentro del sujeto, es decir en su intimidad más profunda.

Esa región existencial es depositaria del resultado de la violencia tiránica, que ha descentralizado el lenguaje hacia registros “clandestinos”. La verdad no se ha perdido, tiene otro sonido, porque utiliza otro lenguaje; un discurso que requiere interpretación y ella es psicoanalítica, lisa y llanamente la interpretación de ese lenguaje enviado a la clandestinidad por la “tiranía” que viene a reprimir la verdad directa, acorralándola en el fluir diferente, desde ese otro sitio que es el inconsciente.

No es difícil hoy, con Freud-Lacan, constatar al inconsciente como la fuente surgente de ese lenguaje y entender al mismo como inentendible para el sujeto que lo edifica, como síntoma-enfermedad.

La búsqueda de la verdad, será obligadamente seleccionada, desde ese discurso poseedor del lenguaje clandestino y en él ubicar la tendencia desde la cual

se habla y se construye ese lenguaje. Lacan expresa que en tal búsqueda, él no ha elaborado “una metafísica, sino una teoría de la intersubjetividad, analista-analizado, recorriendo en trazado que delinea Freud, sabiendo con él, que el centro del hombre, no está allí donde se lo ubicaba, creyendo en la suprema realidad de la conciencia. Allí se creía la localización jerárquica de esa centralidad y desde Freud, dice Lacan, con claridad, “hace falta reconstruir sobre eso...”.

Para nuestros tiempos, es de verdadera necesidad, pensar con Lacan, que el psicoanálisis debe verse despojado del temor transferido a sus finalidades y objetivos, a sus resultados teleológicos, es decir con vistas a sus causas finales, de la reducción del sujeto al nivel común, logrando una “adaptación”, a tiempo-espacio, circunstancias, condiciones del medio exterior.

La referencia lacaniana a tal causa final de “adaptación sustentable”, se resume en su frase elocuente, de transformar, volver al sujeto como “padre perfecto, esposo modelo, ciudadano ideal, en fin, que uno es alguien que no discute más nada...”.

Esta elocuencia discursiva lacaniana, toma aún más prestancia decisiva, cuando señala a continuación, que ese tema de la búsqueda teleológica, “...es totalmente falso, tan falso como el primer prejuicio que veía en el psicoanálisis un medio de liberarse de toda sujeción...”.

Parecería obvio y así resulta en su combate por la verdad más profunda, que por el contrario de toda “adaptación” y en el extremo antagónico de la misma, incorpora toda la potencia creadora, de rebelión imprescindible, para depararse la obligación de emprenderla contra el lenguaje clandestino de toda represión.

Una humilde alegría

Lo dicho hasta aquí referencia nuestra preocupación por un tramo originario de la violencia inicial, ésta que de alguna forma, constituye un eslabón siempre presente en el proceso elemental que lleva a reconocer pasos esenciales en el reconocimiento del torrente implacable que lleva al torbellino de la guerra.

Pero en nuestro caso y solamente como un relato histórico, hemos de demorar un segundo en esta significación lacaniana del concepto de “adaptación”, al que rechaza el psicoanálisis, como “totalmente falso”, teniendo en cuenta que como causa final, el método analítico busca la edificación de una acción inexorable para la liberación del sujeto, frente a todo conflicto, que lleve adherido una intencionalidad de cautiverio, de sumisión, o de complacencia tal, que lo conduzca a “no discutir mas nada...”.

Recordemos, que al menos este reportaje a Jacques Lacan que le hace Madelaine Chapsal fue publicado originalmente el 31.05.1957 en L’express.

Es en esa misma década de los 50, que en reflexiones epistemológicas sobre el sentido y significación de la definición de la Salud, acuñada por la OMS en la década anterior, la de los 40, señalábamos a esa definición, como una verdadera tautología y así, con escasa potenciación científica y débil composición didáctica.

Frente a tal consideración epistemológica, habíamos observado en otros autores y en otras posiciones teóricas, particularmente en ámbitos científicos de los países adelantados, una marcada predisposición a buscarle sustitutos, al término “bienestar” de la definición de la OMS; porque en cuanto proveniente de “bien y estar” como de “estar bien”, realmente transformaban a esa definición en una fórmula tautológica que requería otras precisiones.

Entre los términos de mayor utilización y predilección, para el cambio lingüístico buscado, aparecía el concepto “adaptación”, como si tal situación frente a la existencia, al medio, a las circunstancias, a la condición de existir, de vivir, individual o colectivamente, si la adaptación significara directamente la salud.

Nuestros análisis de entonces, sin la menor relación ni conocimiento de las posturas lacanianas, nos llevaron a conceptualizaciones similares.

Parecería hacerse cierta aquella afirmación literaria de Jorge L. Borges, que nos dijera que los hombres de una misma generación están dispuestos a utilizar las mismas metáforas para construir sus pensamientos y darle consistencias a sus afirmaciones.

Ratificando nuestros votos inexorables de humildad, debemos señalar que el rechazo del poder definitorio de la adaptación para la salud, llevaba una connotación teórica, ahora vista y advertida como similar a la lacaniana, en el sentido que la salud aparecía y sigue apareciendo como una realidad obtenible en un campo de batalla social que los sujetos libran para vencer los conflictos que la existencia desarrolla y enfrenta a cada instante.

Así, la salud es parte de la lucha vital, para la solución ininterrumpida de los conflictos, que se interponen, físicos, mentales y sociales, para la obtención del óptimo vital que la existencia requiere y hacia los cuales dirige su combate constante.

Por el contrario entonces, la adaptación, habrá de convertirse en un signo inequívoco de pérdida de la salud, de “no discutir más nada”, como expresaba Lacan.

Es obligación referir, que uno de los reflexionadores de aquellos años de los cincuenta, era Milcíades Peña, a quien tanto le debemos, para este atrevimiento rebelde epistemológico, del rechazo a la concepción imperial de la “adaptación...” en el campo sanitario. Tampoco Peña tenía conocimiento lacaniano alguno para estos tiempos de creación conjunta y con nosotros blandía una concepción científica, similar a la del psicoanalista siempre admirado; aún cuando desconocíamos, ambos, sin remedio, totalmente, de la existencia creadora lacaniana.

Fue años después que publicamos esa nuestra concepción sobre la definición de salud, emprendiendo una lucha contra esa infiltración de los autores que asimilaban salud con adaptación. (F.A.Ferrara,E.Acebal,J.M.Paganini. Medicina de la Comunidad. Editorial Intermédica. Bs.As.1976).

Esta lucha no ha concluido y sigue siendo un capítulo inicial que el sanitarismo argentino debe reeditar en toda oportunidad que apunte la batalla contra la dependencia imperial. Allí palpitará el genio creador de Milcíades Peña, coarresponsable con nosotros, por esa insolencia contra los organismos internacionales de salud, que repiten su prédica sutil de formación dominante incansablemente.

Ahora nos acompaña la eminencia incomparable de Jacques Lacan, para disimular el significado de humildad de nuestra contribución similar sobre el tema y agregar, la potencia de su creación, a esta conceptualización imprescindible de la salud, en combate antagónico contra los conflictos que se articulan, para lesionar y aun demoler nuestra existencia.

**Floreal A. Ferrara
Marzo de 2007**